

después... ¡la soledad llena de espanto...
y eternamente un duelo sin segundo!...
¿Por qué no estallas, corazón cobarde?
¿Cómo, si ha muerto el sol, vive la tarde?

LIBRO SEGUNDO

LAS HABLAS

MUDAS



LAS HABLAS MUDAS

PRELUDIO

Lo que aquí canta,
lo que aquí expira
trémulo el labio sobre la lira,
no son humanas palabras rudas;
son armonías de otro universo;
son luz del alma cuajada en verso;
son del espíritu las hablas mudas.

Son las silentes
 hablas remotas
 que, cual gemidos de cuerdas rotas,
 por las dormidas selvas del alma
 suenan en largas degradaciones,
 como elegías, como oraciones,
 como susurros de un mar en calma.

Son hablas tristes
 que á nuestro oído
 pronuncian seres que hemos perdido;
 son vagas músicas; son remembranza
 de lo entrevisto, de lo soñado;
 son el *memento* de lo pasado
 y el *sursum corda* de la esperanza.

Son lo indecible,
 lo inexpresable;
 voces amorfas de lo inefable
 que en vano ensayan lenguas ignotas,
 y en ansia eterna como el deseo
 tercas repiten su balbuceo,
 como en la playa las olas rotas.

Son vaticinios,
 son confidencias;
 gárrulos himnos, blandas cadencias,
 trovas que el viento silba en las cañas,
 risas que el agua presa borbota,
 rachas que vienen de playa ignota
 trayendo sílabas de hablas extrañas.

Manar de fuentes
 que sin rumores
 fluyen del seno de los amores;
 raudal perenne nunca agotado,
 rumor de besos de honda cisterna,
 donde sus labios, con sed eterna,
 pondrán las almas que no han amado.

Voces de aurora,
 voces de lumbre,
 voces de halago, de dulcedumbre;
 voces suavísimas, como amasadas
 con leche y mieles y luz de luna;
 líquidas perlas que, una por una,
 beben las bocas de amor quemadas.

Ayes que expiran
 bocas dantescas;
 largos sollozos de las *Francescas*
 que Amor consume con fuego eterno,
 y en cuyos labios abrasadores
 florecen rojos besos de amores,
 besos que alumbran el negro Infierno.

Sordo murmullo
 de sediciones,
 hondas, calladas, rebeliones;
 roncros bramidos de turba loca
 que la conciencia súbito asalta,
 como rompiente que en polvo salta
 cuando iracunda bate la roca.

Y á veces, sola,
 muda, inefable,
 truena la augusta Voz formidable:
 la que los mundos destruye y crea.
 ¡La tierra tiembla y el sol se inclina,
 mientras sus rayos Siná fulmina,
 mientras la zarza de Oreb llamea!

Y á veces honda,
 tenue, callada,
 suena en nosotros la voz sagrada
 como las brisas sobre los mares,
 como las arpas de la Poesía,
 como las dulces hablas que oía
 la tierna Esposa de los Cantares.

Son hablas mudas,
 largos arrullos,
 quejas súaves, blandos murmullos;
 hablas que esparcen raras virtudes;
 hablas que esconden altos misterios,
 ora salmodien como salterios,
 ora suspiren como laúdes.

Largos arpegios
 de arpas de oro,
 que por el aire blando y sonoro
 desgranán notas como sartales
 de vivas perlas de claro Oriente;
 versos que oculta rima la fuente
 hilando ensueños, plata y cristales.

Notas de un canto
jamás oído;
música muda, voz sin sonido;
voz que tuvieran las ilusiones
llamando á citas inmateriales...
Voz que tuvieran las ideales,
nunca logradas aspiraciones.

Son las silentes
hablas internas
ecos lejanos de otras eternas;
voces que el hombre lleva en su abismo,
voces que agrandan sus soledades
cuando en sus propias inmensidades
se encuentra á solas consigo mismo.



EL SOÑADOR

¿Qué me queréis?... De sueños y de aurora
tengo yo un mundo, que invisible habito.
¿Qué queréis del autómata inconsciente,
cuando se exhala el desligado espíritu?...

¿Qué es la aparente forma abandonada
de ese todo impalpable que la anima?...
¿No veis cómo en su ausencia fiel conserva
la expresión que le imprime á su partida?...

¿Por qué me hacéis volver? ¡Sois muy crueles!...
Sin nido, sin amor, voy como el ave
buscando el cielo... ¿Y me arrojáis el dardo,
ahogáis la libertad hasta en el aire?...

¿Qué tiene el pobre soñador, el alma
que desasida de la tierra vive?...
¿No os basta desterrarla de este mundo,
la perseguís también en lo invisible?...

¿Qué le espera al bajar, qué encuentra en cambio?
Doquiera tiendo la espantada vista,
sólo encuentro el desierto inmensurable:
dejad que en él la esfinge, muerta, viva.

Dejad que en él la calcinada esfinge,
cual engendro del viento y las arenas,
viva enclavada; sus pupilas mudas
no abrasa el sol, ni el remolino ciega.

Y el alma, en tanto, libre, audaz, rebelde,
persiguiendo en lo arcano su quimera,
se arroje sobre el puente del abismo
que atraviesa temblando la conciencia.

Cómplice de la luz, el alma tiene
sus misteriosas citas en el cielo:
mientras, sumisa, la materia guarda
su fe, su amor, sus formas y su verbo.

¿Qué importa?... Compañera inseparable
de esta mitad de tierra, ella le imprime
su propio ser, y al par que en otros mundos,
llora en sus ojos, y en sus labios ríe.

Mientras el cuerpo, guardador sumiso
de su divino sueño, inmóvil vela,
llanto, sonrisas, ráfagas de lumbre
para él recoge entre las nubes ella.

¿Qué encuentra allá en lo ignoto? ¿Dónde abate
su vuelo inmaterial, dónde se posa?
¿Con qué intangibles elementos lucha?
¿Cuál es allí la luz, cuál es la sombra?...

¿No tendrá escena el formidable drama
del alma en lo invisible?... ¿Quién lo niega?...
¿No se negaban antes mutuamente
las dos opuestas fases de la tierra?...

¿No detuvo atrevida la ignorancia
los diamantinos ejes de su carro,
mientras paraba en medio de los cielos
el vuelo audaz del pensamiento humano?...

¡Gutenberg y Colón, dos soñadores
que encontraron dos mundos en sus sueños!
¡Dos locos que la tierra transformaron!
Si éstos los locos son, ¿qué sois los cuerdos?...

¿No es la poesía la divina loca
que enseña á la razón, la dulce ciega,
que levanta la antorcha en el camino
para que avance la segura ciencia?...

¿No es la augusta sonámbula que cruza
cual blanca nube sobre abismo ignoto?...
¿No os orientáis, viajeros de las sombras,
á la luz de su lámpara de oro?...

¿Qué sois vosotros?... ¡El rebaño humano,
que á fuerza de pasar abre una senda!
¿Por qué atacáis como sangrientos lobos
al que á la tierra prometida os lleva?...

¿Por qué atáis al Colón del pensamiento
sobre el frágil bajel de su esperanza?
¿No basta que, juguete de las olas,
lleve la tempestad dentro del alma?...

¿No es el poeta el vaso transparente
donde bulle encerrado el fuego eterno?
¿No muestra al mundo las gigantes llamas
que funden la razón y el sentimiento?...

¿Qué más queréis?... Mis sueños, mis insomnios,
mi propia fe, mi vida, hasta el latido
del corazón oculto, hasta la sombra
del pensamiento os doy... ¿Qué tengo mío?...

La soledad, la sombra, nada, todo...
¿Quién sigue al alma en su incansable vuelo?...
Sólo el dedo de Dios, en lo insondable,
marca la línea do se abate el viento.

Rebelde, ardiente, agitadora, grande,
bella como Luzbel, surge la idea,
revuelta cruza la región del fuego,
y al fin se cierce en la celeste esfera.

¡Con cuán inmensa gratitud postrado,
deshecho en llanto y luz, se vuelve al cielo,
cuando salta en la arena de otros mundos,
perdurable Colón, el pensamiento!

Yo soy el pobre soñador; clavados
siempre mis ojos en ignotos mares,
ven surgir de sus olas intangibles
virgenes mundos de esplendor radiante.

¿Por qué me perseguís? ¡Yo, pobre arista,
busco la inmensidad!... Pero no os temo:
¡Venid en pos de mí, buitres del mundo;
cuanto más me acoséis, más alto vuelo!...

Sevilla, Febrero de 1880.



LA NOCHE

Húndese el sol, y, ansiosas de su lumbre,
las nubes, que su beso se disputan,
se agrupan en revuelta muchedumbre
sobre la cima del lejano monte,
y al mirarlo expirar en horizonte,
sus blancas frentes en la sombra enlutan.

Lento recoge el Angel del Ocaso
la púrpura que el sol dejó á su paso;
bórranse del azul las rojas huellas;
apáganse en el aire los sonidos,
y al dormirse las aves en sus nidos
despiertan en el cielo las estrellas.

Al sentir de la noche los halagos
se levantan las brumas de los lagos,
se evaporan del pecho las angustias,
y de tal hora en la solemne calma,
como las hojas que en su tallo mustias
al soplo de la noche se enderezan,
sacudiendo el dolor y las congojas,
vuélvese á Dios el alma...

Y ¿cómo no rezar, si hasta las hojas
se levantan y rezan!...

Las sombras impregnadas de beleños,
como las olas de la mar, en calma,
lentas avanzan, impeliendo el alma
á las ignotas playas de los sueños.

Leves ráfagas cruzan; no son nubes,
son las sombras de nítidos querubes,
que del azul resbalan tras el velo,
con sus flotantes túnicas de gasa.
Brillan los astros más... ¡Es que Dios pasa
y se avivan las lámparas del cielo!

Como se dobla el junco en las orillas
cuando se acerca el manantial de plata,
al sentir que en mi pecho se desata
del comprimido llanto la corriente,
dóblanse, temblorosas, mis rodillas,
y más libre hacia Dios vuela mi mente.
¡Así del lago en el cristal sereno,
cuando en su fondo el cieno busca al cieno,
brilla el cielo más puro y transparente!

¡Siento en mí despertar algo divino!
Como la blanca y tímida paloma
que se alberga en el árbol del camino,
cuando ni un eco de la tierra siente,
levantando en su nido la cabeza,
tembloroso mi espíritu se asoma
y se encuentra los cielos frente á frente.

Y entonces, ¡ay!, cuando en reposo inmenso
duermen la tierra y el azul sombrío,
cual blanca nube de abrasado incienso,
vuela hasta Dios el pensamiento mío.

Y ¡con cuánta grandeza,
sin nubes y sin velos,
habla en la noche azul y sosegada
al alma, siempre inquieta y alterada,
siempre tranquilo Dios, tras de los cielos!...

Dudáis de que habla Dios; ¡ay!, yo he sentido
la augusta voz que oyeron los profetas,
vibrar dentro del alma, sin sonido,
como el arpa que escuchan los poetas.

* * *

Oid: era una noche en que la duda
venenosa y sutil me perseguía;
destrozada mi alma, combatía
al tirano impalpable, en lucha muda.
Para robarle de la fe la calma,
enroscada en mi frente,
no al corazón buscaba la serpiente,
buscaba á la razón, la Eva del alma,

que por gustar la ambicionada ciencia
arranca, ansiosa, el maldecido fruto...,
¡sin ver que de la ciencia son tributo
la fe del corazón y la inocencia!

* * *

Y al mundo, que dormía,
mi espíritu exaltado preguntaba:
—Si todo en polvo y en miseria acaba,
¿cuál es tu suerte aquí, cuál es la mía?—

Tú, siglo, que naciste en la penumbra,
¿ignoras si esa luz que te ilumina,
esa luz que se mezcla con tu sombra,
es el sol del pasado que declina,
ó el sol del porvenir que ya te alumbra?

Y ante esa duda mi razón se asombra;
 mi pensamiento, ciego y deslumbrado,
 duda del universo y de sí mismo;
 y, temblando en el borde del abismo,
 quisiera, con la fuerza de un conjuro,
 resucitar del polvo lo pasado
 y el fantasma evocar de lo futuro.

Quisiera que, sentándose en la tumba,
 entreabriera el pasado los jirones
 de su sangrienta y pútrida mortaja,
 y me mostrara el insondable seno
 do el torrente del mundo se derrumba,
 do ruedan confundidas las naciones,
 donde, rama por rama, se desgaja
 el árbol de la vida sobre el cieno.

Y rompiendo las leyes del Destino,
 subir quisiera hasta ignorada altura,
 y al astro sorprender, que aún no fulgura;
 descubrir del abismo en lo profundo
 el misterioso y lóbrego camino
 por donde viene el porvenir al mundo.

Pero ¿adónde me arrastra mi locura?...
 ¡Quiero saber cuanto el abismo encierra,
 cuanto esconde en su fondo el Oceano,
 cuanto vela el azul del firmamento!...
 ¡Todo el que oculta y rige es un tirano,
 que está conmigo y mi razón en guerra!...

¡Miserable razón, loco ardimiento!...
 ¡El pasado..., el secreto de la tierra!...
 ¡El futuro..., de Dios el pensamiento!...

¿Y quieres tú leer, demente y ciega,
 lo que el dedo de Dios jamás ha escrito,
 ¡su pensamiento, impenetrable lumbre!,
 si no puedes del alto de la cumbre
 ver el espacio inmenso, no infinito,
 por donde el globo, tu prisión, navega?...

¡Y entonces..., desde el alto de los cielos,
 rodaba mi razón, ángel caído,
 cual águila caudal que el vuelo abate!...

Y al borde de la fuente del olvido,
 cual gladiador vencido en el combate,
 anhelaba apurarla gota á gota,
 intentando borrar, en su demencia,
 su propio pensamiento, su existencia...,
 para borrar con ella su derrota.
 ¡Mas inútil locura, vano empeño
 de la humana impotencia!
 Cuanto más los persigue la impaciencia,
 se alejan más el sueño y el olvido.
 ¡En vano, ¡oh Dios!, mi espíritu rendido,
 llamó en su ayuda al fugitivo sueño!
 Como al poder siniestro de un conjuro,
 la tierra, tumba inmensa, se entreabría,
 turbando de la noche el aire puro,
 y de esqueletos el tropel surgía...

Y el fantasma espectral, la informe duda,
 vertiendo en su mirada el desconsuelo,
 mostraba al triste pensamiento mío
 la materia ruín, sucia y desnuda,
 como esqueleto descarnado y frío,
 cuyo cráneo vacío
 era la inmóvil bóveda del cielo.

Y en vano, como el náufrago que lucha
 buscando ansioso la anhelada tabla,
 mientras rugir la tempestad escucha,
 buscaba yo una luz en lo pasado,
 imploraba un consuelo á mi memoria...
 Que el fantasma cruel, entre la escoria,
 mostrábame un sepulcro abandonado...
 —¿Qué debes á ese Dios?—su voz siniestra
 dentro de mí gritaba.
 —¡No es Dios, no es Dios—clamaba—
 el que siembra la muerte con su diestra!...

Y mi espíritu herido
 y emponzoñado por el monstruo insano,
 exclamaba: —Si Dios no es un tirano,
 ¿por qué, madre y amor, os he perdido?—
 Y... ¡todo ajeno á mi dolor seguía!...
 Dios no lanzaba rayos ni centellas;
 ¡ni siquiera temblaban las estrellas
 ante el horror de mi blasfemia impía!...

Bajé la vista, silenciosa y triste;
 la torre de la iglesia descollaba...

También la sombra de la fe callaba...
 ¿Adónde está tu voz? Tú, que me diste,
 para llegar á ti, libre albedrío,
 ¿no respondes? ¡Oh Dios!... Lento y sonoro
 el bronce resonó como un lamento,
 y heló mis venas del terror el frío...

—¡Perdón!—gemí—. Señor, te oigo y te adoro;
 ¡mas temo tu justicia!...—En tal momento,
 brillante exhalación del firmamento
 cayó como una lágrima de oro.

Sobrecogida de sublime espanto,
 sobre la esfera transparente y bella
 vi temblar, tras las olas de mi llanto,
 una palabra tuya en cada estrella...

Palabras de los cielos que esparcían
 dulce claror de fe, serena calma;
 palabras siderales que vertían
 la afirmación de Dios dentro del alma.

Ante esa luz, purísimo destello
 del que encendió los soles con su mano,
 cual si el ángel rompiera el postrer sello,
 desapareció á mis pies todo lo humano.

Forma divina cuya etérea veste
 de las estrellas á la luz flotaba,
 la sombra de mi madre resbalaba
 sobre las ondas de la luz celeste.

¡Madre del corazón, tú que encendiste
 esta antorcha que alumbra mi camino,
 si bendigo tu muerte y mi destino,
 los bendice la fe que tú me diste!

¡Lejos, lejos de mí la duda impía
 y la negra blasfemia, que me espanta!
 Tú me abriste la gloria en raudo vuelo,
 ¡y cuando de seguirte llegue el día...,
 será tu tumba venerada y santa
 la piedra del Tabor, donde mi planta
 se apoyará para subir al cielo!



EL ÁGUILA

Aguila altiva, que hasta el alto cénit
tu vuelo majestuoso levantabas,
y en el foco del sol serena hundías
tus pupilas de luz, nunca ofuscadas.

Reina del aire, indómita y bravía,
que al furioso huracán tendida el ala,
con los negros tifones y los rayos
en la deshecha tempestad luchabas.

Empresa que eligieron los tiranos,
desde el romano César al de Francia,
fuiste símbolo fiel de todo orgullo,
y enseña natural de toda audacia.